

ARTES PLASTICAS

¿PINTURA INTERAMERICANA?

Por Jorge Del OLMO

EN LA PORTADA del catálogo, un encabezado más bien pomposo: Primera Bienal Interamericana de Pintura y Grabado. Al hojearlo, una larga, casi interminable lista de pintores. Veinte países representados (veintuno con Argentina, que no aparece en el catálogo), más "Exposiciones retrospectivas en homenaje a...", más "Artistas huéspedes" (¿huéspedes de quien? ¿no todos los artistas son huéspedes de la Bienal?; o ¿es que éstos son huéspedes de su propio país? No importa). La perspectiva es alentadora. Se penetra en los vastos salones cubiertos de cuadros, en una forma que parece indicar que la técnica elegida para exhibirlos es el desorden, con el aliento retenido, una vaga emoción y una amplia sonrisa. No cabe duda: América es tierra de promisión... y de pintores. Es gozosamente alentador que los veinte países catalogados cuenten con un número tan satisfactorio de artistas con la suficiente categoría para representarlos en una Bienal. Catorce bolivianos, trece brasileños, veinte canadienses y así todos, más o menos, siguiendo un orden rigurosamente alfabético. Y en el grabado: lo mismo. América tiene tantos buenos grabadores como pintores. Adelante, entonces.

PRIMERA IMPRESIÓN

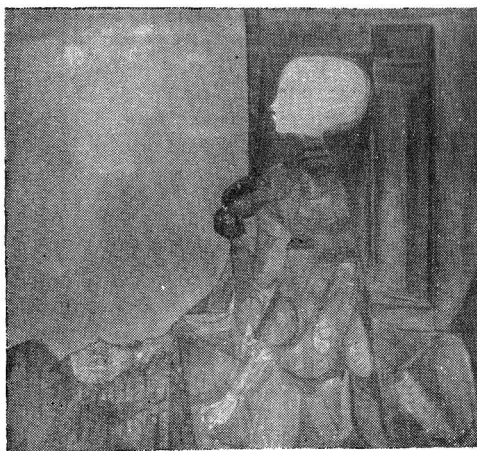
Después de un recorrido un tanto cuanto precipitado por pasillos misteriosos que conducen a entresuelos inesperados o se abren a amplios salones, después de subir y bajar innumerables escaleras que llevan a buhardillas escondidas o a corredores interminables, se ha tomado conocimiento de los cuadros expuestos en la Bienal. Aún se retiene el aliento; pero ahora es de cansancio y la sonrisa y la emoción han desaparecido por completo. Se han visto cuadros, sin lugar a dudas, realizados en América, por americanos; pero la pintura, la verdadera pintura no aparece por ningún lado. La mayor parte de los trabajos exhibidos carecen por completo de calidad artística. Sin embargo, es posible equivocarse. Hay que volver.

IMPRESIÓN DEFINITIVA

La sospecha se ha convertido en certeza. ¿Qué puede decirse de la Primera Bienal Interamericana de Pintura y Grabado? Si excluimos los nombres de seis o siete pintores, es imposible negar que, como suceso artístico, es un completo fracaso. La inmensa mayoría de los cuadros que representan a los nombres incluidos en el catálogo carecen en definitiva de elementos que permiten expresar el más temido elogio. Puede hablarse de influencias, de los modelos que se han seguido casi literalmente, de un mayor o menor acierto en la realización de pastiches o de cuáles son los artistas reconocidos que son imitados con mayor frecuencia; pero casi nunca de buena, de verdadera pintura. Puede decirse que en algunos países los pintores siguen los modelos europeos, que otros, en cambio, parecen preferir a los americanos reconocidos mundialmente y

que hay dos o tres que no siguen modelos (posiblemente porque ni siquiera los conocen) prefiriendo equivocarse sin antecedentes directos; pero todos carecen de un estilo propio capaz de formar —por sus valores intrínsecos y porque la sigan un número lo suficientemente importante de pintores— una escuela determinada.

La pintura americana, como tal, no tiene el suficiente valor para alimentar por sí misma una Bienal, que difiera por sus características especiales de las que podrían realizarse en cualquier otro continente; sino que, al contrario, basa su prestigio en unos cuantos nombres aislados, pero cuyos estilos difícilmente podrán relacionarse entre sí. De allí que resulte totalmente incongruente la realización de una Bienal exclusivamente interamericana.



—Foto Salazar
Felipe Orlando. El Globo



—Foto Depto. de Artes Plásticas I.N.B.A.
Cándido Portinari. Lavanderas

LOS PAÍSES

Como se ha dicho antes, éstos pueden clasificarse, globalmente, en cuatro grupos fundamentales: a) los que siguen modelos europeos b) los que imitan a pintores americanos; c) los que pretenden tener una escuela propia; d) los que carecen de pintores verdaderamente profesionales. A esta clasificación puede agregarse una influencia casi general: Picasso, que tiene por lo menos un imitador en la mayor parte de los países representados. Y debe agregarse también que a algunas naciones los pintores se dividen adhiriéndose unos a la clasificación "a" y otros a la "b".

Entre los directamente influidos por las escuelas europeas hay que incluir a Canadá, Uruguay, Argentina, Chile y, en parte, Brasil y Costa Rica, que tienen algunos pintores que podrían incluirse en la segunda. Puerto Rico, Panamá y Cuba parecen estar muy claramente en la segunda clasificación. Perú, Colombia y El Salvador participan de las dos, por igual. Paraguay, Venezuela, Bolivia, Honduras y Haití, con dos o tres excepciones, no llegan a tener pintura realmente profesional, sería. Por último, México y los Estados Unidos son los que pretenden tener escuela propia.

Los pintores canadienses parecen inclinarse generalmente por el paisaje y un cierto tipo de interiores, algunas veces con figuras humanas, como temas favoritos. Estos temas son abordados siguiendo francamente al impresionismo o al post impresionismo, aunque eso no impide que uno o dos primitivos se cuelen en la selección y un remedo de Buffet aparezca de pronto junto a un interior que presenta todas las características de un Bonnard. En Uruguay y Argentina, los grandes contemporáneos franceses ejercen un influjo definitivo. La mayor parte de los cuadros enviados por estos dos países presentan temas y soluciones de Picasso, Braque, Matisse, Leger, aunque de vez en cuando aparezca también Klee —en el

primero— y Mondrian o los abstractos estadounidenses — en el segundo. Sin embargo, en la selección enviada por Uruguay, Echave da la sorpresa con un “Pescadores” que en lugar de Picasso o Braque, recuerda ligeramente a Portinari, y en la Argentina, Raquel Forner logra apartarse del simple pastiche mediante una interpretación más personal de los elementos que forman el cubismo figurativo. En el salón de Costa Rica, un cuadro recuerda a Munch, otro a Rivera y dos o tres a los pintores surrealistas, aunque éste sea un surrealismo sumamente cursi y amanerado. De los cuadros enviados por Chile, destaca, muy por encima de los demás, el firmado por Roberto Matta; pero de él hablaremos más adelante. Entre los demás no hay nada notable, aunque pueden mencionar las naturalezas muertas de Inés Puyo. Brasil combina el abstraccionismo más extremado, con un poco de cubismo y unos cuantos ejemplos semi-realistas; pero de todos los cuadros que ha enviado, sólo puede tomarse en cuenta el titulado “Mercado de pájaros”, de Karl Plattner, que, a pesar de que no tiene el necesario equilibrio entre fondo y figuras, posee un cierto atractivo debido al buen dibujo y acertada composición del grupo que se sitúa alrededor de la jaula que sirve de eje al cuadro.

Puerto Rico ha enviado una serie de cuadros que recuerdan a Rivera, Tamayo, ligeramente a Siqueiros y un poco a Orozco, además de uno, notable por su tamaño, que es una extraña combinación del Picasso de Guernica y Wilfredo Lam, artista cuyo influjo se percibe en uno o dos países más. En la sala de Panamá, llama la atención la súbita presencia de una especie de Rodríguez Lozano y un cuadro más que aceptable: “Mesa verde”, de Alfredo Sinclair Ballesteros. Con un tema por demás sencillo y de magnífico gusto: una mesa y, sobre ella, unas botellas, un frutero, una servilleta; Sinclair Ballesteros realiza un espléndido cuadro, equilibrado, bien resuelto, con una textura muy firme y un apropiado uso del color como elemento de la composición. “Mesa verde” es el cuadro más notable entre los enviados por Panamá y uno de los pocos que puede verse en toda la Bienal, con positivo gusto. Cuba es un caso aparte. Uno de los artistas verdaderamente notables

entre los que han concurrido a esta Bienal, es un cubano: Felipe Orlando y, por otra parte, la pintura cubana parece tener dos o tres pintores con personalidad bien definida, aunque los cuadros que los representan no sean muy satisfactorios. El defecto que impide a Cundo Bermúdez y Servando Cabrera —exceptuando a Orlando, los dos más interesantes— realizar los buenos cuadros que parecen estar muy cerca de lograr, es su desmedido afecto a los colores brillantes, aplicados con demasiada libertad, lo que convierte su pintura en algo que se acerca demasiado al simple cartelismo, a pesar de que tienen una composición muy correcta y temas sugestivos. Los demás pintores cubanos incluidos en el catálogo no difieren en casi nada de los de otros países y tampoco parecen haber logrado aún nada que deba tomarse en cuenta. Desgraciadamente no pudimos encontrar ningún cuadro de Wilfredo Lam, que sin embargo aparece en el catálogo como uno de los “artistas huéspedes”. Del Salvador sólo pueden mencionarse dos pequeños cuadros de Carlos González: “Jaula” y “Pez” que, sin ser nada notable, poseen una cierta gracia y sentido de humor, cualidades que, dada la situación general de la pintura en este país, no pueden pasarse por alto. En Perú los pintores alternan el cubismo con una especie de realismo que se acerca al practicado en México; pero fuera de esta particularidad no hay nada más sobre qué detenerse. Colombia, en cambio, tiene pintores más “hechos” que los de otras naciones, entre ellas a Guillermo Silva Santamaría, que es uno de los pintores realmente destacados, sobre el que también nos detendremos más adelante, y a Judith Márquez, cuya “Sinfonía en amarillo y naranja” —a pesar del leve influjo de Klee— demuestra que la pintora posee una técnica efectiva y maneja el color con justeza, buen gusto y sentido del equilibrio, logrando en esta composición, mediante la distribución del color y el uso de algunos elementos figurativos, un tono poético y sugestivo que resulta bastante personal y muy apreciable. De Paraguay, Venezuela, Guatemala, Haití, Honduras y Bolivia, nada puede decirse. Algunos cuadros primitivistas tienen un encanto muy relativo, pero su pintura, como ya se ha dicho, no puede ni siquiera considerarse realmente profesional.

Llegamos así a los dos países en los que vale la pena detenerse un poco más, no porque su pintura sea definitivamente valiosa en la actualidad, sino porque el primero de ellos, Estados Unidos, parece estar en camino de crear una escuela: el expresionismo abstracto o abstraccionismo expresionista, como se prefiera, estilo dentro del cual se expresan sus pintores más característicos; y el segundo, México, tiene sin lugar a dudas grandes pintores y pretende haber creado ya una escuela.

La selección enviada por Estados Unidos puede dividirse en tres partes principales: los cuadros de Jack Levine; los pintores que siguen aún dentro del abstraccionismo frío o geométrico creado por Mondrian, principalmente; y los representantes del ya mencionado expresionismo abstracto. De Levine no puede decirse que carezca de personalidad; pero tampoco puede afirmarse que es realmente un pintor. Los dos cuadros que lo representan en la Bienal están mucho más dentro de la caricatura que dentro de la pintura. Son excelentes caricaturas, es indudable; caricaturas que incluyen la sátira más efectiva y que realizan una auténtica crítica de costumbres, pero nada más. El paso de la simple sátira al arte es muy grande y, requiere una serie de elementos que Levine no posee. De los pintores que siguen el abstraccionismo geométrico no hay uno solo que agregue algo nuevo o que presente una obra realmente sugestiva dentro de lo que ya conocemos; todos ellos se limitan a repetir fórmulas agotadas ya por los maestros de este estilo. En cuanto al abstraccionismo expresionista, que parece ser el movimiento más fuerte y productivo en este país, tiene un cierto poder sugestivo y hace concebir esperanzas; pero es evidente que se encuentra aún en un período excesivamente experimental y que ningún gran cuadro se ha realizado ya dentro de este sistema. El movimiento es ambicioso y no carece de interés, pero no parece ser tiempo aún de enjuiciarlo correctamente.

Finalmente llegamos a la sala de México. ¿Qué puede decirse de los pintores mexicanos seleccionados? Por principio de cuentas, que sólo uno de ellos demuestra ser capaz de hacer buena pintura: Juan Soriano, cuyo “Pájaro alucinado” es otro de los cuadros realmente notables que se encuentran en el concurrido concurso. Por lo demás México aparece tan totalmente desprovisto de buenos pintores como los demás países. El fracaso de la llamada “escuela mexicana” es notable. Si exceptuamos al ya mencionado Soriano ¿qué encontramos en la sala de México? Encontramos a Goytia, que podrá tener un aspecto físico muy interesante y ser, como persona, una figura todo lo sugestiva que se quiera, pero que como pintor sólo ha realizado un buen cuadro, que no es desde luego nada extraordinario. La obra de Goytia en general no representa más que los restos del naufragio del academismo de fines del siglo pasado y principios de éste, al que se le han agregado algunos elementos barrocos. Los temas que Goytia escoge para sus cuadros (paisajes agresivos, retratos que todavía pretenden extraer el interés del mero aspecto exterior, interiores con iluminación efectista) carecen de interés y la solución que le da a estos temas representa un estilo puesto fuera de circulación hace mucho tiempo. De los cuadros que lo representan en esta ocasión, uno es el más notable que ha realizado: “Tata Jesucristo”, que tiene una



Raúl Anguiano. Hilander

—Foto Salazar

composición correcta, está iluminado con efectividad y no carece de dramatismo ni de profundidad psicológica, características indudablemente valiosas pero que son las de cualquier buen pintor realista y no bastan para convertir el cuadro en un "gran cuadro" ni al autor en un "gran pintor" porque no sólo no representa nada nuevo en ésta, ni abre nuevas posibilidades, sino que se limita a seguir las reglas aceptadas con una elogiada —pero nada más— exactitud. El otro "Paisaje de Santa Mónica", que representa muy bien el tipo de pintor que es Goytia, corresponde a la clase de pintura que se practicaba con mucho más acierto en la selección del tema, el uso del color y la composición, hace más o menos cien años y que ahora sólo puede considerarse pintura apropiada para reproducirla en calendarios. Esto en cuanto a Goytia, en el que nos hemos detenido un poco más porque el jurado, inexplicablemente, le ha otorgado el premio más importante; pero al recordar a los otros, ni Anguiano, ni Chávez Morado, ni Orozco Romero ni ninguno de los demás parecen haber logrado nada especialmente significativo. "La hilandera" y "El penitente", de Anguiano, adolecen de un increíble estatismo, cuando el autor parece haber intentado precisamente lo contrario, carecen de "realidad", están muy mal dibujados y tienen un color extraordinariamente pobre y deficiente, lo que los anula como obras de arte. Chávez Morado y Orozco Romero incluyen en sus cuadros temas de un simbolismo pedestre y elemental que pretende señalar un atavismo racial, pobre, retórico y sobre todo, cursi, que, por otra parte, no tiene nada que ver con la pintura como arte, a la que excluyen de sus cuadros por sus deficiencias en el uso del color — la composición. Meza carece de la interpretación personal necesaria para dar valor a los temas que escoge. O'Higgins dibuja muy mal, defecto que, agregado a una composición deficiente hace que sus cuadros, más que tales, parezcan deformadas fotografías de una situación real, pero fragmentaria, escogida al azar. Ricardo Martínez intenta ser más personal, pero no logra hacer clara, ni valiosa, la intención que lo anima. González Camarena se olvida de la pintura en beneficio de la retórica. El retrato de Diego



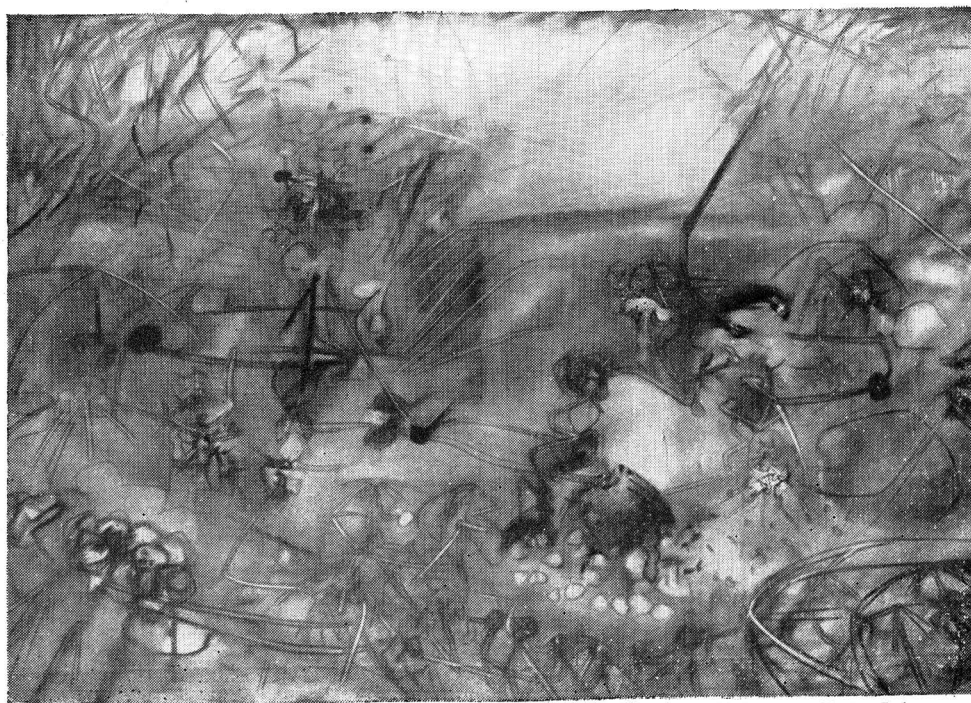
Juan Soriano. Pájaro alucinado

—Foto Salazar

Rivera que firma Roberto Montenegro excluye la profundidad psicológica y la fuerza de composición, supliéndola por un naturalismo detallista totalmente estéril. El resto de los pintores escogidos participan de uno o más de los defectos señalados o acumulan figuras innecesarias o se limitan a fijar, con un dibujo bastante deficiente, un fragmento o una actitud cualquiera, reduciendo su participación como pintores a agudizar el tono de los colores observados, para producir un efecto chillón y desagradable. Esto es todo lo que puede decirse de la "escuela mexicana". La ausencia de realizaciones valiosas es absoluta.

CUATRO PINTORES

Entre los innumerables desaciertos y cuadros mediocres de que está llena la Bienal, los firmados por Felipe Orlando, Juan Soriano, Roberto Matta y Guillermo Silva Santamaría destacan muy claramente en sus respectivos países, en particular, y en toda la exposición, en general. Los dos primeros están por encima de los segundos, pero a los cuatro se debe particular atención.



Roberto Matta. Amanecer en América

—Foto Salazar

"La jaula" y "El globo", los dos cuadros firmados por Orlando, a pesar de que están colocados muy deficientemente, lo que dificulta la correcta apreciación del magnífico uso que hace del color este artista, revelan a un pintor dueño de una temática personal y efectiva, a la que da una solución muy particular. Orlando ha construido estos dos cuadros tomando como base unos cuantos elementos figurativos y una leve posibilidad anecdótica, que sugiere una intención capaz de realizarse en el ambiente creado por el pintor. Pero tanto las figuras u objetos, como la anécdota y el ambiente pertenecen exclusivamente a la realidad del cuadro, que es el lugar de expresión del artista y supeditan todos sus valores a las necesidades de éste. En esta forma los cuadros de Orlando resultan totalidades, formas completas, en las que los volúmenes, el color, la iluminación y la posible anécdota son tan sólo partes de una intención general; hacer un cuadro, crear formas plásticas puras. El éxito de este intento se basa entonces, en la capacidad del artista para lograr un equilibrio exacto entre estos elementos; y la de Orlando es muy notable; lo que convierte sus cuadros en aciertos absolutos, capaces de proporcionar un auténtico goce del espectador, que se encuentra ante un artista que retrata, que da una imagen de la "pintura", como valor absoluto y lo hace con particular acierto.

El "Pájaro alucinado" de Juan Soriano presenta características totalmente opuestas; pero igualmente valiosas. Para Soriano la pintura funciona en cuanto encierra la posibilidad de expresar una serie de sensaciones, de experiencias vitales que tienen valor en sí mismas. La pintura de Soriano es absolutamente personal y tiene que conectarse directamente con el mundo interior del artista, que la obliga a ejercer una doble función: la de expresarlo a él, como individuo, y a través de esta expresión, realizarse como obra de arte. De este modo la temática de Soriano es totalmente anímica, depende en absoluto del sentimiento o del estado de ánimo que el pintor haya intentado revelar. La forma en sus cuadros es francamente intuitiva y depende no del rigor con que el artista haya aplicado una serie de reglas o conocimientos adquiridos antes del momento de la creación, sino de la inspiración que se presente durante ella. De la efectividad

de este sistema, en el caso de Soriano, es muestra evidentiísima este "Pájaro alucinado" que transmite con singular precisión una alegría explosiva, un mundo verdaderamente alucinante, logrado por medio de la aplicación libre del color que se convierte en un valor definitivo, gracias al buen gusto y el equilibrio con que el autor ha mezclado una riquísima gama de azules, verdes, amarillos, grises y ocres para sugerir formas y proyectar sensaciones, que encierran en este cuadro su exacta equivalencia plástica.

La pintura de Roberto Matta —representada en esta Bienal por un cuadro de generosa dimensión: "Amanecer en América"— presenta características muy semejantes a las de Soriano, con la diferencia de que en el pintor chileno el color carece de la fuerza expresiva que hay en Soriano, está usado con más timidez y se apoya, aunque muy relativamente, en formas determinadas. "Amanecer en América" tiene una textura mucho más diluida que "Pájaro alucinado", parece más trabajado, realizado con más rigor; pero carece de la fuerza, la violencia de éste, lo que no le impide ser una espléndida muestra de este tipo de pintura.

El tríptico de Guillermo Silva Santamaría, formado por tres cuadros independientes que el autor denomina "Cilindro", "Vendedor de pájaros" y "Serenata", es un magnífico ejemplo —que podría servirle a varios de los pintores mexicanos— de cómo pueden usarse elementos vernáculos para realizar buenos cuadros. Silva Santamaría extrae sus temas, en este cuadro, de una realidad circunstancial y directa: la simple observación de unos cuantos tipos o situaciones muy populares y determinadas; pero transforma estos hasta dar su equivalente en valores plásticos y ofrece una interpretación personal que refleja no a estos elementos, sino la visión artística que el pintor tiene de ellos. Esta transformación hace más efectiva la imagen de esta realidad, transmite mucho más poderosamente su valor anecdótico y evita que el éxito de los cuadros como tales depende en exclusiva del valor del tema por sí mismo, lo que no corresponde al arte, que debe ser interpretación y no copia de la realidad. Aparte de esta particularidad, el cuadro, o los cuadros, tienen una composición muy justa y un color exacto y efectivo, cualidades que determinan la presencia de un buen pintor.

EXPOSICIONES RETROSPECTIVAS

También cuatro pintores, según los organizadores de la Bienal, se han hecho merecedores del homenaje de una exposición retrospectiva: Orozco, Rivera, Siqueiros —mexicanos— y Cândido Portinari —brasileno.

De estos cuatro pintores el que presenta más interés por ser poco conocido en México, es Cândido Portinari. Los cuadros que representan al pintor brasileno son sin lugar a duda excelentes. Portinari revela en ellos un profundo conocimiento del valor del color como elemento de contraste y medio de expresar carácter, además de un dibujo firme y expresivo, que por otra parte, usa con una parquedad y exactitud muy notable.

En general la temática de sus cuadros proviene de la observación directa de los tipos y costumbres, la realidad inmediata de la vida de su país; pero a ésta observación inicial, Portinari le agrega una interpretación personalísima, por medio de la cual el material elegido deviene obra de arte. Así, por ejemplo, su serie de músicos —entre los que destaca "Tocador de flauta"— no son más que retratos, pero no de individuos, sino de tipos, de tipos por demás característicos, a los que un tratamiento que se basa esencialmente en el contraste que el artista establece entre el color, muy brillante, del fondo y los tonos, generalmente sombríos, de la figura que, en esta forma, aparece situada en el espacio y adquiere un carácter muy especial —acentuado por la línea del dibujo— que la convierte en símbolo. Ese sistema es seguido con fidelidad, pero también con riqueza tonal, en casi todos los cuadros expuestos: "La lavandera", "La red", "Fieras", "Matrimonio", etc. Vemos entonces, que Portinari es un pintor esencialmente anecdótico; pero que a esta característica agrega un tratamiento en extremo eficiente, que enriquece el tema original hasta convertirlo en el círculo perfecto que debe ser todo buen cuadro, mediante la justa aplicación del color, el buen trazo del dibujo y el ritmo general de la composición, elementos que en su pintura se integran con precisión.

Los cuadros de Orozco elegidos para este homenaje no son siempre los mejores ni los más representativos, a pesar del impresionante "Sacrificio humano", del magnífico "Guerreros indios y españoles",

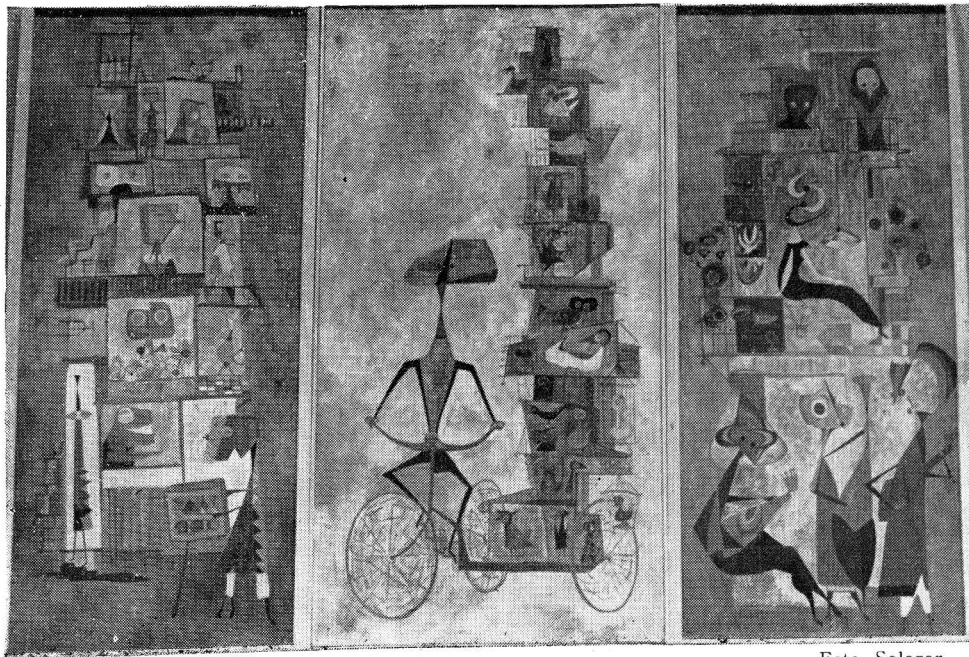
de "El desmembrador", del conocido "Zapatistas" y la genial serie de los dictadores y tiranos en la que el extraordinario pintor muestra todo su poder expresivo. Además de esos cuadros tan significativos, después de repasar la exposición en general, resulta por demás interesante detenerse ante el que tal vez sea el mejor de los cuadros expuestos y que nos hace pensar en el rumbo que estaba tomando la obra de Orozco. Este cuadro es el titulado "Resurrección". Ante la total desintegración de la figura, la violencia del trazo y los medios plásticos de que se ha valido el pintor para expresar la idea que el título sugiere, no se puede menos que pensar muy seriamente si Orozco no es en realidad el primero y el más significativo de los pintores que han practicado el abstraccionismo expresionista del que hablábamos al referirnos a algunos de los cuadros enviados por Estados Unidos. La forma en que Orozco había ido evolucionando en busca de una forma cada vez más expresiva y firme, permite suponer que es muy probable que este genial pintor hubiera llegado a la abstracción total que tan claramente está a punto de alcanzar en varios de sus cuadros más significativos.

Junto a la altura y la trayectoria siempre ascendente de Orozco, la pintura de Rivera pierde calidad en una forma bastante alarmante. Siguiendo la fecha en que han sido realizados los diferentes cuadros de Diego, expuestos en esta ocasión, puede decirse que Rivera deja de ser no ya un gran pintor, sino también un buen pintor en 1939. Después de esta fecha —la de la realización de "Danza de la tierra"— toda su producción es positivamente deleznable. Retratos cursis, composición deficiente, pobreza de color, falta de profundidad, repetición continua parecen ser, en resumen, las características principales de los cuadros pintados posteriormente. Resulta consolador poder volverse hacia atrás y encontrar el "Retrato de Lupe Marín" (1938) que es de una calidad indiscutible o con el hermosísimo "Matemático", o el "Viaducto" y el pequeño "Paisaje" pintados entre 1920 y 1930 cuando Rivera era un gran pintor; pero de allí en adelante, nada. Si juzgáramos a Rivera por la producción de los últimos 18 ó 19 años, tendríamos que llegar a la conclusión de que no era más que un muy mediocre pintor comercial.

De Siqueiros casi es mejor no hablar. Lo que en Orozco es drama, en él es melodrama; lo que es poder expresivo en aquél, en este es truco efectista. Lo que en Rivera es alegría y sensualidad, en Siqueiros es pobreza conceptual. Basta con recordar el cuadro más reciente entre los expuestos, que lleva el ridículo título de: "Determinación: por una industria mexicana para los mexicanos", o algo por el estilo, y que podría fácilmente servir de anuncio a cualquier fábrica de overoles, para llegar a la conclusión de que si alguna vez hubo un buen pintor en Siqueiros, éste lleva muchos años de muerto y enterrado y actualmente está en completa descomposición.

AUSENCIAS

Es muy de lamentar la inexplicable ausencia en esta Bienal de pintores tan imprescindibles como Rufino Tamayo, Carlos Mérida y Guayasamín, entre los consagrados, y también la de varios jóvenes con muchos más méritos que la mayoría de los pintores seleccionados para representar a México.



Guillermo Silva Santamaría. Tríptico

—Foto Salazar